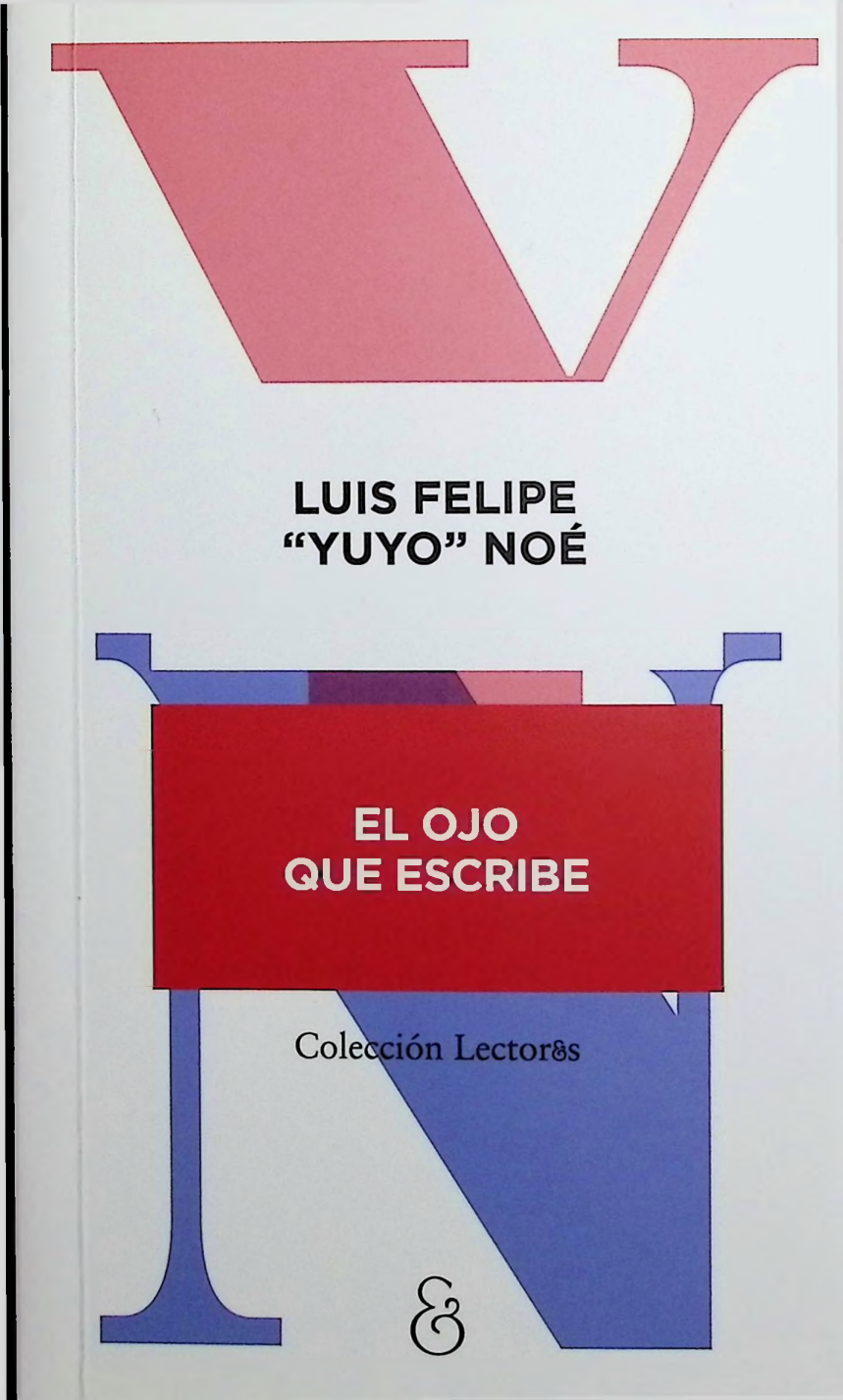




**LUIS FELIPE
"YUYO" NOÉ**

**EL OJO
QUE ESCRIBE**

Colección Lector&s



“La lectura es el acto creativo por excelencia porque siempre será el descubrimiento de uno mismo incluso polemizando con ese otro que tenemos en nuestro espíritu”.

LUIS FELIPE NOÉ

EL OJO QUE ESCRIBE



Buenos Aires - Madrid

Noé, Luis Felipe

El ojo que escribe / Luis Felipe Noé. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2024.

232 p.; 20 x 12 cm. - (Lector&s / Graciela Batticuore; 18)

ISBN 978-631-6558-17-6

1. Memoria Autobiográfica. 2. Lectura. 3. Pintura. I. Título.
CDD 808.8035

Colección Lector&s

Primera edición, Ampersand, 2024

Derechos exclusivos reservados para todo el mundo

Ombú 3091 (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

© 2024 Luis Felipe Noé

© 2024 de la presente edición en español, Esperluette SRL,
para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Diego Erlan

Corrección: Fernando Segal

Diseño de colección: Thölon Kunst

Diseño de tapa: Tender

Maquetación: Silvana Ferraro

ISBN 978-631-6558-17-6

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Imprenta: Talleres Gráficos Elías Porter

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

El ojo que mira ve imágenes.

El ojo que mira oye palabras que bautizan las imágenes que ve y las que no ve. Al oírlas, se las imagina.

El ojo que mira lee las palabras, y así va imaginando el mundo.

El ojo que mira escribe las palabras, y así va imaginando el mundo.

El ojo que mira diseña las imágenes, y así va imaginando el mundo.

El ojo que simplemente ve es ciego, y así no va imaginando el mundo.

Este es el punto de partida para encarar una mirada que no esté hecha por el ojo sino por la memoria de la conciencia y la conciencia de la memoria; pues ellas hacen presente imágenes y palabras. Palabras que denominan imágenes pero que, sobre todo, son palabras y a tal punto son meras palabras que también “imaginan” de por sí.

El ojo que escribe, ¿puede imitar al oído que escucha las palabras? Como lo expresó el poeta chileno Vicente Huidobro: “Aparte de la significación gramatical del lenguaje, hay otra. [...] Uno es el lenguaje objetivo que sirve para nombrar las cosas del mundo sin sacarlas fuera de su calidad de inventario; el otro rompe esa norma convencional y en él las palabras pierden su representación estricta para adquirir otra más profunda y como rodeada de un aura luminosa que debe elevar al lector del plano habitual y envolverlo en una atmósfera encantada. En

todas las cosas hay una palabra interna, una palabra latente y que está debajo de la palabra que las designa. Esa es la palabra que debe descubrir el poeta”.¹

Esas palabras solamente las descubrirá aquel que desafíe a las cosas en su secreto. Otro poeta encontrará, en su relación con la misma cosa, otras palabras secretas.

Sin embargo, para explicar estas relaciones Huidobro utilizó además “la palabra como inventario”, o sea, el “lenguaje objetivo”.

Según los filósofos (Heidegger y Vattimo mediante), el ser acontece en el lenguaje y se manifiesta en él según las circunstancias. Como decía Novalis: “Asombra el error en el que incurre la gente cuando cree que habla de las cosas. Nadie parece darse cuenta de que la singularidad del lenguaje consiste simplemente en que solo se preocupa de sí mismo. Por eso, es un misterio maravilloso y productivo, y lo es hasta tal punto que cuando alguien habla por hablar pronuncia las verdades más soberbias y originales. En cambio, cuando quiere hablar de algo específico, el lenguaje se divierte y le hace decir los disparates más ridículos y extravagantes”.²

Y es que las palabras son “cosas” que pueden representar otras cosas, tanto físicas como abstractas. Sobre todo son independientes, porque se presentan como tales. Y así las oímos cuando alguien nos habla en un idioma que desconocemos.

¹ Vicente Huidobro, “La poesía”. Fragmento de una conferencia leída en El Ateneo de Madrid en el año 1921; publicada como prólogo de *Temblor de cielo* (1931), en *Manifiestos*, Santiago de Chile, Mago Editores, 2009, p. 27.

² Novalis, “Monólogo”, en *Himnos a la noche*, Buenos Aires, Interzona, 2017, p. 52.

Por ello, cuando un periodista le preguntó a Dylan Thomas qué fue lo que lo llevó a ser escritor, respondió de una forma maravillosa:

...diría que en primer lugar quería escribir poesía, porque me había enamorado de las palabras. Los primeros poemas que conocí eran canciones infantiles, y antes de poder leerlos, me había enamorado de sus palabras, solo de sus palabras. Lo que las palabras representan, simbolizan o querían decir tenía una importancia muy secundaria; lo que importaba era *su sonido* cuando las oía por primera vez en los labios de la remota e incomprensible gente mayor que, por alguna razón, vivía en mi mundo. Y para mí esas palabras eran como pueden ser para un sordo de nacimiento, que ha recuperado milagrosamente el oído, los tañidos de las campanas, los sonidos de los instrumentos musicales, los rumores del viento, el mar y la lluvia, el ruido de los carros del lechero, los golpes de los cascots sobre el empedrado, el jugueteo de las ramas contra el vidrio de una ventana. No me importaba lo que decían las palabras, ni tampoco lo que le sucediera a Jack, a Jill, a la madre Oca y a todos los demás; me importaban las formas sonoras que sus nombres y las palabras que describían sus acciones creaban en mis oídos; me importaban los colores que las palabras arrojaban a mis ojos. [...] Inmediatamente empecé a trastabillar detrás de las palabras. Y cuando yo mismo empecé a leer los poemas infantiles, y, más tarde, otros versos y baladas, supe que había descubierto las cosas más importantes que podían existir para mí. [...] Y a medida que leía más y más, y de ninguna manera eran solo versos, mi amor por la verdadera vida de las palabras aumentó hasta que supe que debía vivir *con* ellas y *en* ellas siempre. Sabía, en verdad, que debía ser un escritor de palabras y nada más. Lo primero era sentir y conocer sus sonidos y sustancia; qué haría con esas palabras, cómo iba a usarlas, qué *diría* tal vez de ellas, surgiría más tarde.

Al expresar todo esto, Dylan Thomas estaba obligado a la vaguedad de "todo esto" que es enunciar algo pensado. Por ello, aclara: "No me gusta escribir *sobre* las

palabras, porque entonces uso palabras malas, equivocadas, anticuadas y fofas. Me gusta tratar las palabras como el artesano trata la madera, la piedra o lo que sea, tallarlas, labrarlas, moldearlas, cepillarlas y pulirlas para convertirlas en diseños (secuencias, esculturas, fugas de sonido que expresan algún impulso lírico, alguna duda o con convicción espiritual, alguna verdad vagamente entrevista que tenga que alcanzar y comprender)".³

Si Thomas decía que le importaban cuando niño "los colores que las palabras arrojaban a sus ojos", por mi parte, yo sentía durante mi infancia que los colores y cualquier otro diseño me arrojaban palabras que tenía que comprender. Y siempre ha sido así. Me hacían detenerme en algo parecido al pensamiento: las imágenes se hacían palabras y las palabras devenían imágenes. Comencé a vivir –y aún continúo a los noventa años– entre las imágenes y las palabras; recurriendo a las palabras como inventario, como diría Huidobro. Los seres humanos se ocultan entre ellas. Hay que encontrarlas.

Como dijo Jorge Luis Borges en una entrevista: "Yo no tengo ninguna certidumbre, ni siquiera la certidumbre de la incertidumbre. De todos modos, todo pensamiento es, bueno... conjeturar".⁴ Y, para mí, el pensamiento se manifiesta en palabras y en imágenes visuales. Las cuales también son conjeturales.

En *El ojo y el espíritu*, Maurice Merleau-Ponty dice que lo propio de lo visible es tener un doble invisible en el sentido estricto del término, el cual se hace presente como cierta ausencia. De niño sentía que las imágenes

³ Dylan Thomas, "Manifiesto poético", Buenos Aires, revista *Sur*, N° 283, 1962.

⁴ Jorge Luis Borges y Osvaldo Ferrari, *En diálogo*, Tomo I, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 171.

figurativas en el conjunto, tal como se presentaban asociadas a otros elementos, guardaban secretas adivinanzas. Y eso se me hacía presente en los cuadros. La imagen publicitaria, al contrario, me atraía por la evidencia elocuente de diversos elementos en pugna y que, sin embargo, se presentaban como una síntesis.

Eso me motivó a saber que me esperaban fantasmales imágenes en mi futuro. Por ello, en mi autobiografía titulada *Cuaderno de bitácora* escribí un texto especial denominado "Iniciación a la logia de la pintura", que reproduzco a continuación:

Cuando niño hacía, todos los días escolares, un breve trayecto entre el departamento en el que vivía con mis padres y la puerta del edificio donde esperaba el ómnibus que me llevaría al colegio. Con el tiempo tomé conciencia de que esa ceremonia cotidiana era la de mi iniciación a la logia de la pintura.

La primera etapa consistía en esperar el ascensor mirando fascinado, con la obsesión de un científico, las manchas de los mármoles que revestían las paredes del hall, descubriendo universos implícitos, investigación que luego repetía mirando las nubes. El mundo, que no era el mundo donde yo estaba parado pero que tampoco dejaba de serlo, se me presentaba en mi interior con la objetividad de la mirada.

La segunda fase de este proceso se cumplía una vez ya descendido en la planta baja del edificio. Era tan simple como mirar al espejo que tenía enfrente otro espejo. Me sentía prisionero del infinito, o sea, paradójicamente, una forma de libertad.

Esa sensación repetía otra semejante, que había tenido con anterioridad a vivir en esa casa: la que me había provocado mi primer libro de lectura o, mejor dicho, su portada. En ella, un niño leía un libro igual al mío en el que, a su vez, otro chico hacía lo mismo con otro libro exacto a los dos anteriores, y así hasta el infinito. ¿Ese que se reiteraba era el niño dibujado o yo? Esa debe haber sido la

primera imagen (¿y por qué no la primera pintura?) que me impresionó en mi vida.

La tercera etapa la deseaba de tal manera que, de ser necesario, me hacía saltar la segunda: se trataba de contemplar el paso de un personaje que hacía el trayecto en dirección a su trabajo caminando apresurado, sonriendo, saludando con la mano a su público de todos los días, pero con una característica especial: avanzaba al revés. ¿Sin sentido? No, era tan absurdo como observar la parte convexa de un objeto que se plantea inicialmente como cóncavo, o viceversa. La otra cara. Si él lo hacía, era posible. ¿Por qué no caminar al revés? El excéntrico tuvo un discípulo.

Es curioso que estos tres elementos —la mancha, los espejos y el derecho y el revés— hayan aparecido en mi obra posterior. Por eso creo que esa cotidianeidad fue una iniciación ritual.⁵

Fue el inicio de un proceso que me fue definiendo artísticamente; ahora, al escribir este libro, pienso que las *imágenes* son mi relato principal, aunque no concibo este término solo desde el punto de vista visual sino también literario. Por eso, sigo el ejemplo del viejo Noé, fundador de la tradición de mi apellido, del cual José Joaquín Parra Bañón en su libro *Noé en imágenes* comenta: “Noé es una imagen. Es una palabra, un concepto, una idea que adquirió consistencia cuando se materializó en imágenes. Fueron las imágenes, las apariencias, las que constituyeron el relato”.⁶

Quiero que se tenga en cuenta que para mí la imagen, en su extensión e independencia, está unida al relato como palabra. Porque la imagen no es de la cosa, sino del imponderable que envuelve a las cosas. La imagen

⁵ Luis Felipe Noé, “Iniciación a la logia de la pintura” (1999), en *Cuaderno de bitácora*, Buenos Aires, El Ateneo, 2015, p. 25.

⁶ José Joaquín Parra Bañón, *Noé en imágenes*, Girona, Atalanta, 2022, p. 15.

deviene, como las palabras, independiente de las cosas que le hicieron hacer. O sea, como dije, son conjeturales.

Por ello, Yves Bonnefoy en su curso de poética en el Collège de France (1981-1993) llamado *Lugares y destinos de la imagen* dice: “Llamaré *imagen* a esa impresión de realidad al fin plenamente encarnada que paradójicamente nos viene de palabras apartadas de la encarnación. Imágenes, mundos-imágenes en el sentido, creo, en que lo entendía Baudelaire cuando escribía, en el momento más atormentado de su intuición poética: ‘El culto de las imágenes, mi grande, mi única, mi primitiva pasión’. Imágenes, el brillo que falta en lo grisáceo de los días, pero que le permite al lenguaje cuando lo repliega sobre sí, cuando lo moldea como un seno natal, el ansia constante del sueño. [...] La imagen es ciertamente la mentira, por más sincero que sea su artífice. ¿Acaso esto era lo intenso que le atribuía al joven lector? En todo caso, dentro de tal ambigüedad se entiende mejor que solo era cuestión de tiempo para que la crítica textual llegara a analizar e incluso a deshacer las perspectivas siempre trucas que se edifican en la palabra”.⁷

El relato que estoy encarando en este libro y que se refiere a mi experiencia con la lectura es sobre el motor que me ha impulsado a ella, que no es ni el entretenimiento ni la mera voluntad cultural sino lo que intelectualmente siento que me desafía: el quehacer artístico. Justamente, porque la mayor parte de las veces me promueve esta necesidad. Superar dudas, buscar confirmaciones, discutir conceptos. “Las imágenes engendran conceptos, como los conceptos inspiran imágenes”, dijo

⁷ Yves Bonnefoy, *Lugares y destinos de la imagen*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007, pp. 28-29.

José Carlos Mariátegui. Antes de ir concretamente a los temas que más estructuran mi pensamiento, siento la necesidad de que se entienda el significado que tiene para mí el poder de llegar a ser *sí mismo*. Porque ese que soy yo es ese que está detrás de los pensamientos y de las lecturas a las que me referiré.

Mi formación consistió en estar impregnado por el contexto que me rodeó desde la infancia. He asumido así no solo lo que leí, sino también lo que otros leyeron y en la medida de mi propia necesidad, de acuerdo a los distintos tiempos de mi proceso personal. Digo esto porque me ocurre a menudo que revisando mi biblioteca descubro libros que creo no haber leído, hasta que reviso sus páginas y veo muchos párrafos subrayados por mí. ¿Olvido? No exactamente, sino cambios en la atención que he tenido en tanto lector, dado que veo afirmaciones que están señaladas que ahora no entiendo por qué las subrayé y otras que antes pasé por alto y me parecen importantes al releerlas.

Es que, como decía Marx, solo es dialéctico un pensamiento que no es inmovilizado sino que se corrige una y otra vez a partir del trabajo con el objeto. No hay ninguna cosa que exista de una vez y para siempre que no esté en permanente devenir. Y lo digo motivado por el núcleo fundamental que ha movilizado mi visión del mundo y del Gran Todo que nos desafía, o sea, del *caos que constituimos* los seres humanos desde que existimos y que continuamente enfrentamos de manera individual para poder estructurarnos a nosotros mismos. Caos cuyo escenario es el tiempo con sus permanentes y simultáneas transformaciones.

Por tal motivo, creo que mi formación no se la debo solo a los libros sino también a la conciencia de estar viviendo mi propia existencia. He vivido la ficción en las

imágenes que se contemplan y en las que las lecturas provocan. Pero también por el solo hecho de estar en este mundo. El cual, se me ocurre, es una ficción. Tal vez por eso no soy particularmente lector de ficciones sino, sobre todo, de ensayos, porque me siento ensayando –aún a mis noventa años– mi propia ficción de ser.

Este libro que el lector tiene en sus manos está dividido en tres partes. La primera la titulé “Auto-escritos y auto-lecturas”; la segunda –desafiándome a mí mismo– “Deambulando”, pero agregué “entre libros, cuadros, etcétera” (aunque también incluya escritores, pintores, exposiciones, conferencias, diálogos); la tercera parte trata de la lectura que se refiere al pensamiento sobre la imagen como quehacer artístico y, en consecuencia, a mi propio pensamiento. Y, al final, un apéndice sobre cómo concibo la lectura. Cuidé que el acento de mis reflexiones partiera de los pensamientos de otros autores, en su debate y en su valoración, considerando que este libro está destinado a una colección sobre la lectura.

Ahora haré un panorama de mis libros como una forma de decirle al lector que este *ojo que escribe* mide el quehacer artístico más allá de sí mismo pero, sin embargo, desde sí mismo.

Tractatus logico-philosophicus, de Ludwig Wittgenstein
Tratado, de Jean-Étienne Liotard

Un guapo del 900, de Samuel Eichelbaum
Una obra maestra desconocida, de Honoré de Balzac
Una sociedad colonial avanzada, de Luis Felipe Noé
Understanding media, de Marshall McLuhan

Velázquez, de José Ortega y Gasset

Wittgenstein: este es el caso, de Luis Felipe Noé

PINTURAS

El Ángelus, de Jean-François Millet
El derby de Epsom, de Théodore Géricault
El grito, de Edvard Munch
El pentecostés, de el Greco
Escarnio de Ceres, de Adam Elsheimer
Guernica, de Pablo Picasso
La ronda nocturna, de Rembrandt
Muchacha del jarro de leche, de Johannes Vermeer
Tormenta de nieve: Aníbal y su ejército cruzan los Alpes, de William Turner

ÍNDICE

Introducción.....	7
-------------------	---

I. AUTO-ESCRITOS Y AUTO-LECTURAS

Antiestética	21
El arte entre la tecnología y la rebelión.....	27
Una sociedad colonial avanzada	33
Recontrapoder	37
A Oriente por Occidente	41
Wittgenstein: este es el caso	45
Libros teóricos del siglo XXI	49
Otras publicaciones.....	57

II. DEAMBULANDO ENTRE LIBROS, CUADROS, ETCÉTERA

Punto de partida	63
El "aura" de las imágenes	73

Adolescencia	77
Ensayando ser	87
Poder ser (I)	91
Yo pintor	97
Poder ser (II)	105
Poder ser (III)	109

III

EL QUEHACER ARTÍSTICO VISUAL

Arte y teoría	121
Arte y lenguaje	133
El <i>caos</i> oculto del arte	145
Lo abstracto y lo figurativo en los lenguajes de las palabras y lo visual	157
¿Qué es mirar una pintura?	169
La pintura como cuestión creativa	185
Testimonio personal	207
Apéndice: La lectura como quehacer creativo	213
Lista de ilustraciones	221
Lista de obras mencionadas	223
Índice	229

LUIS FELIPE NOÉ es artista visual. Estudió pintura con Horacio Butler y luego desarrolló su trabajo de manera autodidacta. Ejerció el periodismo y la crítica de arte en el diario *El Mundo*. Vivió en París y luego en Nueva York. En 1959 realizó su primera exposición individual. Entre 1961 y 1965 integró junto a Ernesto Deira, Rómulo Macció y Jorge de la Vega el grupo Nueva Figuración, una de las corrientes estéticas y artísticas más originales del arte argentino. Con más de cien exposiciones individuales en América y Europa, se le dedicó muestras retrospectivas en Buenos Aires, México y Brasil. Algunos de sus libros son *Antiestética*, *Una sociedad colonial avanzada*, *Recontrapoder*, *A Oriente por Occidente*, *En terapia* y *Asumir el caos*.

Colección Lector&s

Dirigida por Graciela Batticuore

CARLOS BATTILANA

Primeras luces

MARÍA TERESA

ANDRUETTO

Una lectora de provincia

LUIS GUSMÁN

Avellameda profana

¿Qué es una imagen, cómo se hace una obra, qué significa lo abstracto y cómo se confronta la vida con la gran corriente del Caos que desafía a los artistas? Para responder a estas preguntas que lo inquietan desde hace décadas, Luis Felipe Noé repasa su trayectoria personal, hace memoria de las diferentes etapas sociales, circunstancias políticas y amistades influyentes que lo acompañaron. Pero sobre todo vuelve a una antigua biblioteca repleta de libros de grandes filósofos, poetas y pintores con los que dialoga. *El ojo que escribe* se mira en ese espejo de palabras e imágenes, para revelarnos la trama creativa de un pensamiento y una obra de autor.

Ampersand

